

LOS PRIMEROS PUESTOS

Los primeros puestos, ambición permanente del hombre. Sea en sufrimiento sea en humildad, pero el primero: el novio en la boda, el niño del bautizo o el difunto en el entierro. Este deseo está inscrito en el corazón de todo hombre, se realiza en todas las esferas del vivir humano, y ¡pobre del que no lo haya descubierto!, porque está alienado todavía. En sí mismo no es negativo, pero puede dañar al hombre si no atina con el camino. Bien entendido puede ser sinónimo de superación, de combate, de perfección, frente a la resignación o al conformismo -lo vemos a menudo en grandes deportistas- pero mal entendido alimenta egoísmos y orgullos, y conduce a conflictos incurables.

Es necesario que Jesús ilumine el deseo del hombre. Y es que no permanece Dios insensible a que los hombres peleen y se despedacen, y las naciones se aniquilen; y así, cuando la vida es un banquete en que se oposita de continuo a los primeros puestos, aparece curando las enfermedades humanas. Jesús -como siempre- aprovecha las cosas, incluso ridículas, que pueden suceder con ocasión de una boda o de una simple comida, para instruir y sanar los deseos humanos.

El evangelio refiere dos escenas tomadas de la vida diaria. En la primera se pone de manifiesto que, con frecuencia, en las relaciones humanas, el anfitrión y los invitados están repletos de prejuicios egoístas, de arribismos, de preocupaciones jerárquicas; Jesús pone al descubierto y dismantela estas actitudes. En la segunda Jesús indica que, tantas veces, un gesto aparentemente magnánimo esconde un sentimiento egoísta: es cuando la selección de los invitados se hace por obligación, simpatía o interés, lo cual conduce a marginación, desprecio y acepción de personas. **¡Qué distinto es el actuar de Dios!** que no duda en *“despojarse de su rango y hacerse hombre... para someterse incluso a la muerte y ésta de cruz”*, y **que muestra que el camino de la realización humana no es el que indica el mundo -ser y dominar-, sino amar y servir.**

¡Cuántas luchas fratricidas por estar delante!, ¡cuántas primeras páginas a costa de cualquier precio! Dichoso aquél que, en el banquete de la vida, sabe ocupar el puesto de servicio que le corresponde, sin afán de recompensa, sin buscar reconocimientos y honores, pero sin huir tampoco por miedo a las críticas o a la responsabilidad.

La búsqueda de los primeros puestos, la autosuficiencia y el afán de poder son la moneda más apreciada del mundo. Pero “no es la moneda para entrar en el Reino de Dios”. El humilde, en cambio, se granjea el aprecio de los demás y el favor de Dios. Lo sabemos por experiencia. Es mejor escuchar *“amigo sube más arriba”*, *“dichoso tú si no pueden pagarte”*, que no la vergüenza del *“cédele el puesto a éste”*.

Si la grandeza “humana” está hecha de prestigio y primeros puestos, la grandeza “divina” es la humildad, que conduce a la entrega del corazón, al servicio.

¡Buena lección para tener en cuenta para el ya inminente inicio del nuevo curso!

Luis Emilio Pascual Molina
*Capellán de la UCAM, y Consiliario de Manos Unidas,
de la Hospitalidad de Lourdes, y de la Cofradía de Jesús*